

que los dos abogados bajaban.

—¡Ladrones! — vociferó escapándose de las manos de Lowten y de Perker, y asomándose á la ventana de la escalera.

Cuando Mr. Pickwick se quitó de la ventana, su fisonomía estaba radiante, alegre y tranquila, y entrando en el despacho, declaró que había libertado á su conciencia de un gran peso, y que se encontraba entonces completamente dichoso.

Perker no dijo nada hasta que vació su tabaquera y envió á Lowten para llenarla; pero entonces le acometió un exceso de loca risa, que le duró cinco minutos, al cabo de los cuales hizo observar que debía incomodarse, pero que no podía pensar aun seriamente en el negocio, y que ofrecía enfadarse en cuanto le fuera posible.

—Entonces, — dijo Mr. Pickwick, — yo quisiera arreglar mi cuenta con vos.

—¿Es de la misma manera que habéis arreglado la otra? — preguntó Perker empezando nuevamente á reír.

—No exactamente, — respondió el filósofo sacando su cartera y sacudiendo cordialmente la mano del abogado. — Quiero hablar solamente de nuestra cuenta pecuniaria. Vos me habéis dado muchas pruebas de amistad, que yo no podré pagar nunca, aunque tampoco lo deseo, porque prefiero seguir siendo vuestro obligado.

Después de este prólogo, los dos amigos se engolfaron en las más complicadas cuentas, que fueron regularmente expuestas por Perker, é inmediatamente saldadas por Mr. Pickwick, con muchas muestras de aprecio y estimación.

Apenas estaba terminada esta operación, cuando se oyó llamar á la puerta del patio de la manera más violenta y espantosa. No era un repique ordinario, sino una sucesión constante y no interrumpida de formidables golpes, como si el aldabón hubiera adquirido el movimiento continuo, ó como si la persona que lo agitaba se hubiese olvidado de concluir.

—¡Ah! ¿qué es eso? — gritó Perker estremeciéndose.

—Yo creo que llaman á la puerta, — respondió mister Pickwick como si le pudiese quedar la menor duda de este hecho.

El aldabón contestó de un modo más enérgico que hubieran podido hacerlo las palabras, pues continuó golpeando sin un momento de reposo y con una fuerza y un ruido extraordinarios.

—Si esto sigue, — dijo Perker haciendo resonar su campanilla, — vamos á alborotar el barrio. Señor Lowten, ¿no oís que llaman?

—Voy al momento, señor, — replicó el dependiente. El aldabón pareció oír la respuesta, y como para asegurar que le era imposible esperar más tiempo, hizo un espantoso alboroto.

—Esto es insufrible, — dijo Perker tapándose las orejas.

Lowten, que se estaba lavando las manos en el gabinete negro, se precipitó hacia la puerta, y alzando el picaporte, se encontró en presencia de una aparición que será descrita en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

●CAPITULO LIV

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Conteniendo algunos detalles relativos á los golpes del aldabón, así como otras diversas particularidades, entre las que figuran notablemente ciertos descubrimientos que conciernen á Mr. Snodgrass y á una señorita.

El objeto que se presentó á los ojos del dependiente era un muchacho de prodigiosa gordura, vestido con librea de lacayo, que estaba de pie ante la puerta, pero con los ojos cerrados como para dormir. Lowten no había visto jamás un muchacho tan gordo, y su corpulencia extraordinaria, unida al reposo completo de su fisonomía, tan diferente de la que se debía esperar de tan intrépido alborotador, le llenaron de asombro.

—¿Qué queréis? — preguntó el dependiente.

El chico extraordinario no respondió una sola palabra, pero bajó la cabeza y Lowten creyó oírle roncar ligeramente.

—¿De dónde venís? — repitió el dependiente.

El muchacho gordo respiró profundamente, pero no se movió.

El dependiente repitió tres veces sus preguntas, y no obteniendo respuesta alguna, se preparó á cerrar la puerta, cuando de repente el muchacho abrió los ojos, los guiñó muchas veces, estornudó y extendió la mano co-

mo para volver á llamar. Aperciéndose de que la puerta estaba abierta, miró á su alrededor con estupefacción, y por último, fijó sus grandes ojos redondos sobre la fisonomía de Lowten.

¿Porqué diablos llamáis así? — le preguntó el dependiente con cólera.

—¿Cómo qué? — respondió el muchacho gordo con voz soñolienta.

—Como cuarenta cocheros de plaza.

—Es que mi amo me ha dicho que no deje de llamar hasta que me abran la puerta, temiendo que me duerma.

—¡Y bien! ¿qué recado traéis?

—El está abajo.

—¿Quién?

—Quiere saber si estáis en casa.

Entonces Lowten imaginó asomarse á la ventana. Viendo en su carroza á un señor de edad que miraba al aire con ansiedad, le hizo una seña y el caballero bajó inmediatamente.

—Es vuestro amo el que está en el carruaje, supongo, — dijo Lowten.

El muchacho bajó la cabeza de una manera afirmativa.

Cualquier otra pregunta vino á ser inútil por la presencia de Mr. Wardle, que habiendo subido con presteza la escalera y reconocido á Lowten, pasó inmediatamente á la habitación de Perker.

—¡Pickwick! — gritó, — vuestra mano, buen mozo. Hasta ayer no he sabido que os habíais dejado coger en el lazo. ¿Cómo habéis sufrido eso, Perker?

—No lo he podido impedir, amigo mío, — replicó el abogado con una sonrisa y un polvo. — Ya sabéis lo obstinado que es.

—En verdad que lo sé, pero me ha sorprendido a pesar de eso; no lo podré olvidar en mucho tiempo.

Dicho esto, Wardle estrechó de nuevo la mano de Pickwick, después á Perker, y se dejó caer en una butaca, resplandeciendo más que nunca su semblante de dicha y de salud.

—¡Y bien! — dijo, — ¡he aquí curiosos cuentos. Un polvo, amigo Perker. ¿Habéis visto nada semejante?

—¿Qué queréis decir? — preguntó Pickwick.

—¡A fe mía! parece que todas las muchachas han perdido la cabeza. Me diréis quizás que esto no es nuevo, pero no por eso es menos cierto.

—¡Eh! querido amigo, — dijo Perker, — ¿ha venido á Londres expresamente para enseñarnos eso?

—No, no lo es del todo, aunque este sea el principal motivo de mi viaje. ¿Y Arabella, cómo está?

—Muy bien, — respondió Pickwick, — estoy seguro que tendrá mucho gusto en veros.

—¡La coquetilla de los ojos negros! Yo tenía pensado casarme con ella el mejor día, pero me alegro de esto verdaderamente.

—¿Cómo lo habéis sabido? — preguntó Pickwick.

—¡Oh! por mis hijas, como es natural. Arabella les ha escrito anteayer que se había casado sin el consentimiento del padre de su marido, y que usted había ido á pedirselo, cuando su negativa no podía ya impedir la boda; esto es todo. He pensado que esto era una ocasión apropiada para dar una lección á mis hijas, para hacerlas comprender qué cosa tan terrible es que las niñas se casen sin consentimiento de sus padres, y todo lo demás. Pero no he podido hacer la menor impresión sobre ellas. Encuentran mucho más terrible el que se haya celebrado el matrimonio sin doncellas, y lo mismo hubiera conseguido predicando á Joe.

—El viejo caballero se detuvo para reirse, y después de haberlo hecho á su satisfacción, continuó en estos términos:

—Pero eso no es todo, á lo que parece; eso no es más que la mitad de los complots y de las galanterías que se han maquinado. Desde hace seis meses caminamos sobre una mina que al fin ha estallado.

—¿Qué es lo que queréis decir? — exclamó Mr. Pickwick palideciendo. — ¿Creo que no se preparará ningún otro matrimonio secreto?

—No, no; no es cosa tan mala como eso.

—¿Qué es pues? ¿estoy yo interesado en ello?

—¿Debo yo responder á esa pregunta, Perker?

—Si no os comprometéis respondiendo á ella, mi querido señor.

—Pues bien, — dijo Mr. Wardle volviéndose hacia Mr. Pickwick, — sí, estáis interesado.

—¡Cómo! — exclamó este con ansiedad. — ¿En qué manera?

—Sois tan vivo de genio, que casi tengo miedo en decirlo. Sin embargo, si Perker quiere estarse con nosotros para prevenir una desgracia, me arriesgaré.

Habiendo cerrado la puerta de la alcoba y habiéndose fortificado con otro ataque á la tabaquera de Perker, comenzó el viejo caballero la revelación de este modo:

—El hecho es que mi hija Bella... Bella, la que se ha casado con el joven Trundle, ya sabéis...

—Sí, sí, ya sabemos, — dijo Mr. Pickwick con impaciencia.

—No me intimidéis al principiar. La otra noche, mi hija Bella se sentó á mi lado cuando Emilia fué á acos-

tarse con dolor de cabeza, y después de haberme leído la carta de Arabella, comenzó á hablarme de ese matrimonio. Y bien, papá, me dijo; ¿qué pensáis de eso? A fe mía, hija mía, respondí, creo que todo irá bien. Es necesario deciros que estaba sentado delante de un buen fuego, bebiendo pacíficamente mi grog, y que esperaba, dejando caer una palabra indecisa de vez en cuando, animarla para que siguiera su encantadora conversación inocente. Mis dos hijas son el vivo retrato de su pobre madre, y cuando más viejo me voy haciendo, más placer me causa el verme al lado de ellas. En aquel momento, su voz, su fisonomía, me transportaban á la época más agradable de mi vida, me hacían tan joven como en realidad lo soy aún todavía, aunque algo menos dichoso. Es un verdadero matrimonio de inclinación, dijo Bella después de un momento de silencio. Sí, querida, la contesté, pero no son esos los que obtienen mejor resultado.

—¡Sostengo lo contrario! — interrumpió Mr. Pickwick con calor.

—Muy bien; sostened lo que os parezca cuando os toque hablar, pero no me interrumpáis.

—Os pido perdón.

—Concedido. — Papá, dijo Bella ruborizándose un poco, estoy disgustada de oiros hablar contra los matrimonios de inclinación. — Es verdad, hija mía, la contesté dándole golpecitos en las mejillas, que yo he cometido una ligereza hablando así, cuando tu madre contrajo matrimonio de inclinación y tú también. — No es eso lo que quiero decir, papá, lo que hay es que quiero hablaros de Emilia.

Mr. Pickwick se estremeció.

—¿Qué os asusta todavía? — le preguntó Mr. Wardle deteniéndose en su narración.

—Nada, — respondió el filósofo; — continuad, os lo suplico.

—A fe mía que no he sabido nunca hilar bien una historia, — continuó bruscamente el viejo caballero; — es necesario que lo diga tarde ó temprano, y nos ahorrará bastante tiempo el que os lo diga de seguido. El hecho es que Bella se decidió á decirme que Emilia era muy desgraciada, que desde la última Navidad había estado en correspondencia constante con nuestro joven amigo Snodgrass, que se había decidido reflexivamente á huir con él para imitar la conducta de su amiga; pero que habiendo sentido ciertos impulsos de remordimiento, en atención á que yo siempre había estado dispuesto á dejar hacer á las dos lo que querían, había pensado que valía más empezar por hacerme el honor de preguntar-

me si me opondría á que se casaran de la manera ordinaria y vulgar. He aquí lo que hay, Pickwick, y ahora, si queréis reducir vuestros ojos á un tamaño natural y aconsejarme, os quedaré muy agradecido.

—Esta última frase, proferida por el honrado viejo con voz muy serena, no fué pronunciada sin motivo, porque las facciones de Mr. Pickwick habían tomado una expresión de sorpresa y curiosidad digna de observarse.

—¡Snodgrass!... ¡desde Navidad!... — murmuró al fin todo confuso.

—Desde Navidad, — repuso Wardle. — Es claro, y ha sido necesario que tuviéramos cataratas en los ojos para no descubrirlo antes.

—No comprendo nada de esto, — murmuró Pickwick, — no comprendo nada.

—Pues, sin embargo, es bien fácil de comprender, — volvió á decir el viejo encolerizado. — Si hubiérais sido más joven, habríais estado en el secreto desde mucho antes. Además, — añadió después de vacilar un poco, — debo deciros que no sabiendo nada de esto, venía excitando á Emilia, de cuatro ó cinco meses antes, á fin de que recibiera favorablemente á un joven caballero de la vecindad, si podía por supuesto, pues yo no trataba de forzar su inclinación. Estoy seguro de que como una chiquilla que es, para realizar su mérito y para aumentar el ardor de Mr. Snodgrass, le habrá pintado esto con los colores más sombríos, y que ambos habrán concluido porque son una pareja muy perseguida, y no tienen otro recurso que el matrimonio clandestino ó una hornilla de carbón. ¿Qué es lo que hemos de hacer?

—¿Qué es lo que habéis hecho? — preguntó Pickwick.

—¿Yo?

—Quiero decir ¿qué es lo que habéis hecho al saber eso por vuestra hija mayor?

—He hecho naturalmente una porción de tonterías.

—Es muy justo, — dijo Perker, que había asistido á aquel diálogo, estrujando su cadena, rascándose la nariz y dando otras señales de impaciencia; — es muy natural, pero ¿qué clase de tonterías?

—Monté en cólera y asusté tanto á mi madre que se puso mala.

—Está muy puesto en razón, — observó Perker; — ¿y qué más?

—He gritado y he reñido durante todo el día siguiente; pero cansado ya de fastidiar á todo el mundo y de fastidiarme yo mismo, he alquilado un coche en Muggleton y he venido aquí con pretexto de traer á Emilia á ver á Arabella.

—¿Mistress Wardle está aquí con vos, pues? — preguntó Pickwick.

—¡Pues no! Está en este momento en el hotel de Osborne, á menos que vuestro osado amigo no se la haya llevado después de haber yo salido.

—¿Os habéis, pues, reconciliado? — preguntó Perker.

—¡Cá, no señor! Ella no ha hecho más que languidecer y llorar desde entonces, excepto ayer tarde, entre el te y la cena, que entonces ha hecho una parada muy grande para escribir una carta, de lo que he hecho yo como que no me apercibía.

—Vamos, ¿queréis consultarme en este negocio, por lo que veo? — dijo Perker mirando sucesivamente la fisonomía reflexiva de Mr. Pickwick y el aspecto inquieto de Mr. Wardle, y tomando muchas veces consecutivas del estimulante favorito.

—Lo spongo, — respondió Wardle mirando á Pickwick.

—Ciertamente, — replicó éste.

—Entonces, — dijo Perker levantándose y rechazando su silla, — mi parecer es que os vayáis los dos á pasear á pie ó en coche, como queráis, porque para lo que he de hacer me estorbáis. Podéis hablar juntos de este negocio, y si no está arreglado la primera vez que nos veamos, os diré lo que haya que hacer.

—Eso es satisfactorio hasta cierto punto, — dijo Wardle, que no sabía si debía reír ú ofenderse.

—¡Bah, bah! mi querido señor, yo os conozco á los dos mucho mejor que os conocéis vosotros mismos. Lo que habéis de arreglar lo tenéis ya arreglado en vuestro interior.

Y el abogadito, al decir esto, golpeó con su tabaquera los respectivos vientros de Pickwick y Wardle, poniéndose los tres á reír juntos, pero sobre todo los dos últimos, que se dieron y sacudieron las manos sin ninguna razón aparente.

—¿Coméis hoy conmigo? — dijo Wardle á Perker, mientras este le llevaba hasta la puerta.

—No puedo prometéroslo, mi querido señor. En todo caso yo pasaré por vuestra casa esta tarde.

—Os espero á las cinco. ¡Vamos, Joe!

Habiendo despertado á Joe con gran trabajo, partieron los amigos en el carruaje de Mr. Wardle. Joe se colocó detrás en el asiento que su amo había hecho poner por humanidad, porque si se hubiera quedado á pie, hubiera caído abajo y se hubiera matado al primer sueño.

Le hicieron conducir primero á *Jorge y el cuerno*. Allí supieron que Arabella había salido con su doncella

en un coche de plaza, para ir á ver á Emilia, de quien había recibido una esquelita. Como Wardle tenía algunos negocios que arreglar en la ciudad, despidió el coche y al grosero dormilón para el hotel, con el objeto de prevenir que á las cinco volvería con Mr. Pickwick á comer.

El dormilón se volvió, encargado de este mensaje, durmiéndose sobre su asiento tan pacíficamente como si se hubiera hallado sobre un lecho sostenido por muelles de reloj. Por una especie de milagro se despertó él mismo cuando el coche se detuvo, y sacudiéndose vigorosamente para aguzar sus facultades, subió la escalera para ejecutar su comisión.

Pero, fuese que las sacudidas que había llevado el gordinflón hubiesen despertado en él ideas nuevas, suficientes para hacer olvidar las ceremonias y formalidades ordinarias, fuera, lo que también era posible, que no hubieran sido suficientes estas ideas para impedirle que se durmiese de nuevo subiendo la escalera, el hecho fué que entró en el salón sin haber llamado previamente á la puerta, y apercibió un caballero, sentado amorosamente en el sofá, cerca de miss Emilia, y teniendo un brazo pasado por su cintura, mientras Arabella y la linda doncella aparentaban mirar atentamente por una ventana al otro extremo de la habitación. Al verlos, el dormilón dejó escapar una exclamación, las mujeres gritaron y el caballero lanzó un juramento, casi simultáneamente.

—¿Qué venis á buscar aquí, miserable? — exclamó el caballero, que no era otro sino Mr. Snodgrass.

El mofetudo, prodigiosamente espantado, respondió con laconismo:

—¡Señora!

—¿Qué me queréis, estúpida criatura? — preguntó Emilia volviendo la cabeza.

—Mi amo y Mr. Pickwick vendrán á comer á las cinco.

—¡Salid de esta habitación! — volvió á exclamar Mr. Snodgrass, cuyos ojos lanzaban llamas sobre el estupefacto joven.

—¡No! ¡no! ¡no! — exclamó precipitadamente Emilia. — Arabella, querida, aconsejadme. — Emilia y mister Snodgrass, Arabella y María celebraron consejo en un rincón, hablando vivamente, pero en voz baja, durante algunos minutos que el mofetudo empleó en dormir.

—Joe, — dijo Arabella volviendo con la más seductora sonrisa; — ¿cómo os va, Joe?

—Joe, — dijo Emilia, — sois un buen muchacho; no os olvidaré, Joe.

—Joe, — añadió mister Snodgrass adelantándose hacia el admirado mozo y tomándole la mano, — no os había reconocido; aquí hay cinco shillins para vos, Joe.

—Yo os debo otros cinco, — añadió Arabella, — porque ya sabéis que somos antiguos conocidos; — y acordó una segunda sonrisa aun más encantadora.

La percepción de este era poco rápida; pareció al principio singularmente admirado por aquella súbita revelación que se operaba en su favor, y aún miró en torno suyo con aspecto alarmado; pero al fin, su ancha fisonomía empezó á mostrar algunos síntomas de una sonrisa proporcionalmente expansiva, después de lo cual, apretando una media corona en cada uno de sus bolsillos por encima, dejó escapar una ronca carcajada. Fué la primera y única vez de su vida que se le oyó reír.

—Veo que nos comprende, — dijo Arabella.

—Será necesario hacerle tomar alguna cosa sobre la marcha, — observó Emilia.

Faltó poco para que el gordinflón volviera á romper la risa. Después de haber hablado otro poco en voz baja, María salió diligentemente del grupo y dijo:

—Yo voy á comer con vos hoy, señor, si queréis.

—Por aquí, — respondió el muchacho con presteza. — Hay abajo un famoso pastel de carne.

Diciendo esto, el gordo dormilón bajó la escalera para conducir á María, y por todo el camino cautivaba su linda compañera la atención de los mozos y ponía de mal humor á las criadas.

El pastel de que el gordo había hablado con tanta ternura se encontraba aún en efecto en la cocina; se le añadió un bifteack, un plato de patatas y un jarro de cerveza.

—Sentaos, — dijo Joe. — ¡Qué fortuna! ¡qué buena comida! ¡qué hambre tengo!

Habiendo repetido cinco ó seis veces estas exclamaciones, con una especie de entusiasmo, se sentó á un extremo de la mesa, mientras María se colocaba al otro.

—¿Queréis un poco de esto? — dijo el gordinflón hundiéndose en el pastel su cuchillo y su tenedor hasta el mango.

—Un poco, si gustáis.

Habiendo servido Joe á María un poco de pastel y un mucho á sí mismo, inclinándose hacia delante en su silla y dejando caer sus manos con el tenedor y el cuchillo sobre sus rodillas, dijo lentamente:

—Sois bonita de veras; ¿lo sabéis?

Esto fué dicho con aire de admiración bastante li-sonjero; pero había algo todavía en los ojos del joven gordo que anunciaba más al caníbal que al hombre ena-

morado.

—¡Vaya, Joe! — exclamó María afectando ruborizarse; — ¿qué es lo que queréis decir?

El gordinflón, recobrando gradualmente su posición primitiva, replicó sólo con un profundo suspiro, permaneció pensativo durante algunos momentos y bebió un largo trago de cerveza: después de esto, suspiró otra vez y se aplicó más sólidamente al pastel.

—¡Qué persona tan amable es miss Emilia! — dijo María después de un prolongando silencio.

—Yo conozco otra más amable.

—¿De veras?

—Sí, de veras, — repuso el gordinflón con inusitada viveza.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo os llamáis vos?

—María.

—Ese es su nombre; sois vos.

El gordinflón, para hacer más expresivo este cumplimiento, le añadió una mueca y dió á sus pupilas una combinación, de la que resultó ponerse bizco, cuando creía lanzar una mirada asesina.

—No me habléis así, — dijo María, — que no me habláis seriamente.

—¡Bah, cuando lo digo!

—¿Y qué?

—¿Vais á venir con frecuencia?

—No, me voy mañana.

—¡Oh! — replicó el mofetudo con un tono excesivamente sentimental; — ¡cuánto placer hubiéramos tenido en comer juntos si os hubieráis quedado.

—Yo podría venir algunas veces aquí á veros, si quisierais hacerme un servicio, — respondió María arrojando el mantel para fingir embarazo.

El mofetudo miró alternativamente al pastel y al fuego, como si hubiera pensado que todo servicio debía hallarse ligado con comestibles.

Y sacando después de su bolsillo una de sus medias coronas, la contempló con inquietud.

—No me comprendéis, — continuó María.

El miró nuevamente su media corona, y respondió con voz débil:

—No.

—Las señoritas querrían que no hablaseis al caballero viejo del joven caballero que se encuentra arriba, y yo también lo querria.

—¿Y eso es todo? — respondió el gordinflón evidentemente aliviado de un gran peso y volviendo á guardar su moneda; — no diré nada; podéis estar bien segura.

—Mirad, Mr. Snodgrass ama mucho á miss Emilia y miss Emilia ama mucho á Mr. Snodgrass, y si contáis lo ocurrido, el viejo os llevará lejos, al campo, y no podréis allí ver á nadie.

—No, no diré nada, — repitió el gordiflón resueltamente.

—Y seréis un buen muchacho. Pero ahora es necesario que yo suba para arreglar á mi señorita para la hora de comer.

—No os vayáis todavía.

—Es indispensable; adiós por ahora.

El dormilón, con la galantería de un joven elegante, tendió los brazos para tomar un beso, pero como no era necesaria gran agilidad para escapar de él, su amable domadora desapareció antes de que los hubiese cerrado. Al encontrarse chasquedo de este modo, el apático joven comió una ó dos libras de bifteack con aire sentimental y se durmió profundamente.

En el salón tenían tantas cosas que decirse, tantos planos que concertar para el caso en que la crueldad de Mr. Wardle hiciese necesario un raptó ó un matrimonio secreto, que hacía cuatro horas y media que Mr. Snodgrass estaba allí cuando se despidió definitivamente. Las damas corrieron á la habitación de Emilia para arreglarle, y el caballero cogió su sombrero y salió del salón; pero apenas se hallaba en el corredor, cuando oyó la voz de Mr. Wardle. Miró por la escalera y le vió subir seguido de otras varias personas. En su confusión y no conociendo las entradas y salidas del hotel, volvió á entrar precipitadamente en la habitación de que acababa de salir, de la una pasó á la otra que era la alcoba de Mr. Wardle, cerró la puerta dulcemente en el mismo momento que las personas que había apercibido entraban en el salón. Reconoció fácilmente sus voces: eran mister Wardle, Mr. Pickwick, Mr. Nathaniel Winkle y mister Benjamin Allen.

—Es una fortuna que haya tenido bastante presencia de espíritu para evitarlos, — pensó mister Snodgrass sonriéndose y marchando de puntillas hacia otra puerta situada cerca del lecho: — esta puerta dará al mismo corredor y puedo marcharme por ella cómoda y tranquilamente.

No había más que un obstáculo para que se fuese tranquila y cómodamente: el de que la puerta se hallaba cerrada con doble vuelta y no tenía puesta la llave.

—¡Mozo! — — dijo el viejo Wardle restregándose las manos, — dadnos hoy de vuestro mejor vino.

—Sí señor.

—Haced saber á esas señoras que estamos aquí de

vuelta.

—Sí señor.

Mr. Snodgrass deseaba también ardientemente hacer saber á las señoras que había vuelto; hasta se atrevió á decir al criado al través del ojo de la cerradura:

—¡Mozo!

Pero pensando cuerdamente que podría atraer á otra persona, y acordándose de que había leído por la mañana en su periódico y bajo el epigrafe de *Crónica de los Tribunales* los infortunios de un caballero arrestado en un hotel vecino, por haberse hallado en una situación semejante á la suya, no quiso llamar más y se sentó sobre una maleta, temblando violentamente.

—No esperaremos á Perker ni un minuto — dijo Mr. Wardle mirando su reloj; — él es siempre exacto y estará aquí á la hora marcada si tiene intención de venir, y si no no hay que ocuparse de él. ¡Ah, Arabella!

—¡Mi hermana! — exclamó Benjamin Allen envolviéndola en sus brazos de una manera dramática.

—¡Oh, Ben! ¡querido, cómo hueles á tabaco! — dijo Arabella aparentemente sofocada por aquella muestra de afecto.

—¿Te parece?... ¿es posible?

Era en efecto tan posible, que acababa de dejar una reunión de diez ó doce estudiantes de medicina en una taberna al lado de un buen fuego.

—¡Cuán contento estoy de volverte á ver! Dios te bendiga, Arabella.

—Pero querido Ben — dijo Arabella echándose atrás, — no me aprietes así, que me ahogas.

En este punto de la reconciliación. Mr. Ben Allen se dejó vencer por la sensibilidad, por el tabaco y la cerveza, y paseó sus ojos por los asistentes al través de los espejuelos húmedos.

—¿Y no me decís nada á mí? — preguntó Mr. Wardle abriendo los brazos.

—Al contrario — dijo Arabella por lo bajo, recibiendo los abrazos y las cordiales felicitaciones del viejo caballero; — sois un malvado, un cruel, un monstruo.

—Sois una rebelde — replicó Wardle en el mismo tono, — y me veré obligado á cerraros mi casa; las personas como vos, que se han casado á despecho de todo el mundo, deberían ser entredichas en la sociedad. Pero vamos — añadió más alto, — ya está la comida; os sentaréis á mi lado. Joe, muchacho del demonio, ¿estáis muy despierto?

Efectivamente, con gran admiración de su amo, el mofetudo se hallaba en un estado de vigilancia muy notable. Sus ojos permanecían abiertos cuan grandes

eran y no manifestaban deseos de cerrarse; había también en sus maneras una vivacidad igualmente inexplicable, y cada vez que sus miradas encontraban las de Emilia ó las de Arabella, sonreía haciendo una mueca. Mr. Wardle hubiera jurado que les había visto hacer guiños.

Esta alteración en las costumbres del dormilón nacía del sentimiento de su nueva importancia y de la dignidad que había adquirido, llegando á ser el confidente de las jóvenes señoras. Sus sonrisas y sus guiños eran otras tantas seguridades condescendientes que ofrecía de que podían contar con su fidelidad. Sin embargo, como aquellos signos eran más propios para inspirar sospechas que para alejarlas, y como eran además algo embarazosos, Arabella respondía de tiempo en tiempo por un fruncimiento de cejas y por un movimiento de reprensión; pero el gordiflón no veía en esto más que una invitación á estar sobre aviso, y volvía á guñar y á sonreír con más asiduidad para dar á entender que comprendía perfectamente.

—Joe — dijo Mr. Wardle, después de buscarla infructuosamente en todos sus bolsillos; — ¿mi caja de tabaco está sobre el sofá?

—No, señor.

—¡Ah, ya me acuerdo! La he dejado esta mañana sobre el tocador.

El mofetudo fué á la habitación vecina, y después de algunos minutos de ausencia, volvió con la tabaquera, pero también con el semblante más pálido con que haya podido volver jamás un mofetudo.

—¿Qué es lo que te ha pasado? — exclamó mister Wardle.

—No me ha pasado nada — respondió Joe con inquietud.

—¿Habéis vito aparecidos? — preguntó el viejo caballero.

—¿O es que acaso habéis bebido? — sugirió Allen.

—Creo que tenéis razón — murmuró Wardle al otro lado de la mesa; — está borracho, seguramente.

Ben Allen respondió que lo creía; y como habían ocurrido muchos casos semejantes, se confirmó Wardle en el pensamiento que trataba de insinuarse en su cerebro hacía media hora, y llegó á la conclusión de que el muchacho se había efectivamente achispado.

—Observadle con atención algunos minutos — murmuró. — y veréis que realmente está bebido.

El hecho era que el infortunado joven había cambiado solamente una docena de palabras con Mr. Snodgrass, que éste le había suplicado se dirigiese á algún amigo

para que le pusiera en libertad, y que le había empujado después hacia afuera, con la caja de tabaco, por miedo á que una ausencia más prolongada hiciera concebir sospecha. Al entrar en el comedor, Joe había quedado algunos instantes sin saber qué hacer, y después dejó la habitación para ir á buscar á María; pero María había vuelto á *Jorge y el cuervo*, después de haber arreglado á su señora, y el mofetudo volvió cada vez más confuso.

Mr. Wardle y Ben Allen cambiaron muchas miradas de inteligencia.

—Joe — dijo Mr. Wardle.

—Sí, señor.

—¿Por qué habéis salido?

El dormilón miró con aire confuso á cada uno de los convidados y balbuceó que él no sabía nada.

—¡Ya! no sabéis nada. Llevad ese queso á mister Pickwick.

Mr. Pickwick, que se encontraba en perfecto estado de salud y de humor, había estado delicioso durante toda la comida, y parecía enredado en aquel momento en una interesante conversación con Emilia y mister Winkle. Encorvando graciosamente su cabeza é irradiando pacíficas sonrisas, agitaba dulcemente la mano derecha para dar más fuerza á sus observaciones. Tomó un pedazo de queso en su plato, é iba ya á volverse para continuar su conversación, cuando el gordiflón se inclinó hasta poner su cabeza al nivel de la de mister Pickwick, dirigió su dedo por detrás de su espalda, como para indicarle alguna cosa, é hizo al mismo tiempo la mueca más ridícula que jamás se ha visto.

—¡Qué! — exclamó Mr. Pickwick sobresaltado; — ¿qué es lo que hay? ¡eh! ¡eh!

Y se detuvo al observar que Joe acababa de enderezarse y estaba ó afectaba estar profundamente dormido.

—¿Qué es lo que hay? — preguntó Mr. Wardle.

—Vuestro criado es muy singular — continuó mister Pickwick mirando á Joe con aire inquieto. — Os admirará lo que voy á decir, pero bajo mi palabra que temo á veces tenga la cabeza desarreglada.

—¡Oh, no digáis eso, Mr. Pickwick! — exclamaron al mismo tiempo Emilia y Arabella.

—No lo repetiré — dijo el filósofo en medio de un profundo silencio y aun de un espanto general; — pero sus maneras conmigo en este instante eran para causar alarma. ¡Ay! ¡ay! — gritó Mr. Pickwick saltando sobre su silla; — os pido perdón, señoras, pero acaba de pincharme en una pierna... realmente es muy pe-

ligroso.

— ¡Esto es ya demasiado! — vociferó el viejo Wardle con cólera. — ¡Tirad de la campanilla, llamad á los mozos, ya estoy harto!

— ¡Yo no estoy harto! — exclamó al fin el mofetudo, cayendo de rodillas delante de su señor, mientras éste le cogía por la solapa; — ¡yo no estoy harto!

— Entonces estás loco, que es todavía peor; ¡llamad á los mozos!

— Yo no estoy loco, estoy muy en mi juicio — replicó Joe, rompiendo á llorar.

— Entonces, ¿por qué diablos pincháis en la pierna á Mr. Pickwick?

— Porque no me quería mirar, y yo tenía una cosa que decirle.

— ¿Qué le queréis decir? — preguntaron media docena de voces á la vez.

Joe suspiró, miró á la puerta de la alcoba, suspiró otra vez y enjugó las lágrimas con las yemas de los índices.

— ¿Qué es lo que queréis decirle? — preguntó mister Wardle sacudiéndole.

— ¡Deteneos! — dijo Mr. Pickwick; — dejadme hablarle. — ¿Qué es lo que deseáis comunicarme, buen muchacho?

— Yo quería hablaros bajo.

— Vos queréis morderle la oreja, á lo que supongo — interrumpió Mr. Wardle; — no os acerquéis, Pickwick, está rabioso. Tirad de la campanilla para que se lo lleven abajo.

En el momento en que Mr. Winkle cogía el cordón de la campanilla, fué detenido por exclamaciones de sorpresa universales. El amante cautivo, con una fisonomía purpurada de confusión, había salido súbitamente de la alcoba y hacía un saludo general á la reunión.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó Mr. Wardle saltando la solapa de Joe y retrocediendo un poco. — ¿Qué es lo que esto significa?

— Señor — contestó Mr. Snodgrass, — yo estoy oculto en la alcoba inmediata desde que habéis vuelto.

— Emilia, hija mía — dijo Mr. Wardle en tono de reproche, — sabéis hasta qué punto odio las mentiras y los escondrijos; esto no tiene nada de decoroso y es inexcusable. Yo no merezco semejante cosa, Emilia.

— Querido papá — dijo Emilia, — yo ignoraba que estuviese ahí; Arabella os lo puede decir y Joe también y todo el mundo. ¡Augusto, en nombre del cielo, explicaos!

Mr. Snodgrass, que esperaba solamente á que qui-

sieran escucharle, contó en seguida cómo se había visto colocado en aquella situación embarazosa; cómo el temor de excitar discusiones domésticas había sido la sola causa que le había movido á evitar el encuentro con mister Wardle; cómo lo que él quería era simplemente marcharse por otra puerta, y cómo en fin, hallándola cerrada, se había visto obligado á quedarse contra su voluntad. Terminó diciendo que se encontraba colocado en una situación penosa, pero que lo sentía menos ya, pues le proporcionaba una ocasión de declarar delante de todos sus amigos comunes que amaba profunda y sinceramente á la hija de Mr. Wardle que tenía el orgullo de confesar que su inclinación era correspondida, y que aun cuando se viese separado de ella por millones de leguas, aunque el mismo Océano hiciese rodar entre ambos sus olas infinitas, no olvidaría jamás por un solo instante aquel dichoso día en que por la primera vez, etc., etc., etc.

Habiendo perorado de esta manera, saludó de nuevo Mr. Snodgrass á la reunión, miró dentro de su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

— ¡Deteneos! — gritó Mr. Wardle. — ¿Por qué, en nombre de todo lo que es...

— Inflamable — sugirió dulcemente Mr. Pickwick, pensando que podía venir algo peor.

— Pues bien, en nombre de todo lo que es inflamable — dijo Mr. Wardle adoptando esta variante, — ¿por qué no me lo habéis dicho á mí desde luego?

— ¿O por qué no me lo habéis confiado á mí? — añadió Mr. Pickwick.

— Pero veamos — dijo Arabella, encargándose de la defensa; — ¿á qué viene hacer esas preguntas ya, sobre todo cuando sabéis que habéis escogido, con miras interesadas, un yerno mucho más rico, y que sois tan malo y tan arrebatado, que todo el mundo os teme excepto yo? Dadle un apretón de manos y haced que le sirvan algo de comer, por el amor de Dios; ya veis su aire hambriento; y os lo suplico, haced que á vos también os traigan vuestro vino, porque estaréis insoportable hasta que hayáis bebido siquiera un par de botellas.

El buen viejo tiró á Arabella de una oreja, la besó sin el más ligero escrúpulo, besó igualmente á su hija con el mayor afecto, y sacudió cordialmente la mano de Mr. Snodgrass.

— Tiene razón en una cosa por lo menos — dijo alegremente; — llamad para que me traigan vino.

El vino llegó, y al mismo tiempo Parker. Mr. Snodgrass fué servido en una pequeña mesa, y cuando hubo comido, arrastró su silla al lado de Emilia sin la más

ligera oposición por parte del viejo caballero.

La velada fué encantadora. El pequeño Perker estaba de humor. Contó muchas historias cómicas y cantó una romanza seria, que pareció tan cómica como sus anécdotas. Arabella estuvo deslumbradora, Mr. Wardle jovial, Mr. Pickwick armonioso, Mr. Ben Allen estre-pitoso, los amantes silenciosos, Mr. Winkle chistoso y toda la reunión en extremo gozosa.

CAPITULO LV

Mr. Salomón Pell, ayudado de un comité escogido de cocheros, arregla los negocios de Mr. Weller senior.

—Samuelito — dijo Mr. Weller á su hijo al día siguiente de los funerales, — lo he encontrado, creo que está aquí.

—¿Qué es lo que habéis encontrado?

—El testamento de tu madrastra, Samuel, que hace los arreglos que te he dicho.

—¡Qué! ¿no os había dicho ella dónde estaba?

—Ni por asomo, Samuelito! Estábamos ya para arreglar nuestras pequeñas diferencias, yo la levanté y la aconsejaba que se pusiera en pie con tanto afán, que he olvidado hablarla de eso. Además que no sé si la habría hablado, aun cuando me hubiese acordado; porque, Samuel, me parece una cosa muy mal hecha atormentar á una persona con sus bienes cuando se le asiste en una enfermedad. Es como si metierais la mano en el bolsillo de un viajero de imperial que hubiese sido lanzado á tierra, mientras le ayudabais á levantarse y le preguntabais suspirando cómo se encontraba.

Después de haber ilustrado con esta figura su pensamiento, abrió Mr. Weller su cartera y sacó de ella un papel medianamente sucio, sobre el cual se hallaban inscritos diferentes caracteres amontonados con notable confusión.

—He aquí el documento, Samuelito; lo he encontrado

en la teterita negra, sobre la tabla del armario del mostrador. Allí metía los borradores de sus apuntes antes de acostarse, y se los he visto sacar bastantes veces. ¡Pobre criatura! Podía haber llenado de testamentos todas las teteras de la casa sin cuidado, porque no probaba esta bebida en sus últimos tiempos, excepto en las reuniones de temperancia, en que se usaba una infusión de te, para elevar los espíritus por encima del nivel miserable de la carne.

—¿Y qué es lo que dice? — preguntó Sam.

—Lo mismo que te he contado, hijo mío; doscientas libras esterlinas por vía de legado á mi hijo político Samuel, y el resto de mis propiedades de toda clase á mi marido Mr. Antonio Weller, á quien nombro mi único testamentario.

—¿Y eso es todo?

—Todo; y como es claro y satisfactorio para ambos, que somos las dos partes interesadas, supongo que podremos desde luego echar este pedazo de papel al fuego.

—¿Qué vais á hacer, loco? — exclamó Sam apoderándose del papel, mientras su padre atizaba inocentemente el fuego para arrojarlo en él. — En verdad que sois un ejecutor más vivo de lo que pensáis.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Weller con aire severo y las tenazas en la mano.

—¿Por qué? Porque es necesario que sea legalizado y asegurado y jurado y que se llenen todas las formalidades.

—¿Pero todo eso es de veras? — preguntó mister Weller dejando las tenazas.

Sam guardó cuidadosamente el testamento en su bolsillo, contestando por medio de un gesto que hablaba seriamente.

—Entonces voy á decirte una cosa — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de meditación; — este es un negocio que afecta al amigo íntimo del canciller. Es necesario que Pell meta aquí la nariz; es un mozo muy á propósito para una cuestión de ley difícil. Vamos á presentar esto en seguida ante el tribunal de insolventes, Samuel.

—¡Yo no he visto jamás un viejo tan destornillado! — exclamó Sam coléricamente. — *Old Baileys* y el tribunal de insolventes y los *alebis* y toda clase de bataolas bailan en su cerebro. Lo mejor que podéis hacer es poneros vuestro vestido de los domingos y veniros conmigo á la ciudad á arreglar este negocio, y no estar ahí perorando sobre cosas que no entendéis.

—Está bien, Samuelito, y estoy de acuerdo contigo en que eso podría facilitar nuestros negocios; pero ten